

La competencia entre los países capitalistas alcanza niveles inéditos a medida que la expansión se acentúa, se agota el reparto y se desarrolla el imperialismo financiero. La maduración misma del capitalismo europeo hace surgir diferencias internas en el propio contenido del capital. No es lo mismo el capital producto de la renta del suelo que el capital industrial.

Tampoco es lo mismo el capital industrial que el bancario. El capital financiero, como combinación del capital bancario e industrial origina a su vez las grandes concentraciones de empresas. Su resultado: el surgimiento de los monopolios o de las corporaciones. Este capital financiero se expresa en acciones, valores, empréstitos y, en última instancia, en giros de capital. Con estas características va a buscar beneficios al exterior, debido a que se estrecha su margen de beneficio en las propias metrópolis imperialistas como consecuencia de la competencia capitalista y del ascenso del nivel de vida de las masas trabajadoras. Este fenómeno imperialista de inversión de capitales coincide, a fines del siglo XIX, con la nueva revolución industrial. Ambos procesos se unen. La consolidación de los monopolios produce una división del mercado y la reacción normal ante la crisis (especialmente a partir de 1873) que produce una tendencia hacia la disminución en la tasa de beneficio del capital, hace que esta nueva forma de imperialismo se caracterice por la exportación de capitales y no de mercaderías. En las colonias y países semicoloniales, es decir, los países con independencia política formal pero dependientes desde el punto de vista económico, las condiciones son óptimas para este imperialismo: la baja composición del capital hace que una inversión mínima produzca grandes beneficios; hay una superpoblación susceptible de una máxima explotación, con lo que se pueden mantener bajos los salarios y con ello aumentar la cuota de plusvalía; existe una abundante materia prima que ya no hay que transportar desde la colonia a la metrópoli, sino que se manufactura en el mismo lugar, con lo cual se eliminan innumerables gastos de transporte e intermediación. Esta exportación de capitales realiza una verdadera unificación mundial del mercado: "el mundo se achica". No se acortan las distancias, pero sí el tiempo para recorrerlas. El mundo se interrelaciona. Este proceso se hace a expensas de los países coloniales o semicoloniales, cuyo desarrollo es frenado o distorsionado por la situación dependiente.

A comienzos del siglo XX ya se había realizado el reparto del mundo entre las grandes potencias imperialistas. En 1870 Inglaterra es la potencia predominante; hacia 1900 ya han ingresado nuevos participantes. En 1853 la expedición del comodoro norteamericano Perry había "abierto" a cañonazos los puertos de Japón. Quince años después estalla en ese país una revolución, la revolución Meiji, que tiene como objeto dar paso a la influencia occidental. Importantes transformaciones se producen entonces en Japón, que obtiene dos importantes triunfos militares, sobre China y sobre Rusia, que consolidan su posición en el sudeste asiático. El estado fuerte Meiji, aunque actúe sobre un marco restringido y se apoye, en cierta medida, en formas precapitalistas de producción, es un equivalente del estado imperialista. A partir de

ahí el Japón se desarrolla. En 1868 sólo el 1 % de sus exportaciones estaba constituido por artículos terminados; en 1900 esa cantidad se eleva al 30 %. Y el país tiene cerca de medio millón de obreros.

La nueva política imperialista pondrá en crisis el mundo colonial. Se disuelven países, se estructuran nuevas unidades políticas, se llevan a cabo guerras de conquistas y exterminios de población, se destruyen estructuras sociales tradicionales a cambio de formas sociales que no significan ningún adelanto. El dominio imperialista se articula sobre un único centro: aumentar la tasa de beneficio del capital que ahora se invierte y domesticar la mano de obra necesaria para los nuevos talleres. Se produce un desarrollo combinado que será característica fundamental en estos países: al lado de formas socioeconómicas atrasadas y arcaicas aparecen formas ultramodernas.

En los países dependientes se va formando una nueva oligarquía, aliada a los inversores extranjeros, a veces como representante directa del poder colonial; en otras ocasiones, como supuesta representante de una realidad social que sólo tiene la apariencia de una vida política independiente. El capital inglés y la técnica especializada de sus talleres inundaron el mundo. Si en 1850 los ingleses habían invertido en total unos 230 millones de libras esterlinas en el exterior, hacia 1876 el monto había ascendido a más de 1.200 millones de libras y para 1914 el total invertido en el exterior se estimaba en más de 4.000 millones.

La guerra del año 1914 hizo cambiar la fisonomía del mundo colonial al producir un nuevo ordenamiento, las potencias triunfantes desplazarán a las vencidas. El poder se polariza al mismo tiempo que aumentaba, a partir de la guerra misma, la influencia de los Estados Unidos. Bajo los dictados del imperialismo los países dominados debieron ajustarse a la especialización de una zona de la producción. Se generaliza entonces el monocultivo. Este a veces respondió a las características de la producción local, como en el caso de la minería extractiva (estaño de Bolivia o salitre chileno, petróleo de Venezuela o de Medio Oriente, etc.), pero, en otros casos, fue introducido a la fuerza: el café en Java, Brasil y Ceylán; el algodón en Egipto y Sudán; el azúcar en Cuba; el caucho en el sudeste asiático, etcétera.

Junto con esta división internacional de la producción el imperialismo desplazó masas de trabajadores para proveerse de mano de obra: africanos a las Antillas, tamiles a Ceylán, chinos a la Malasia e Indonesia, hindúes a África Oriental, etc. Con el desarrollo del monocultivo se produjo la liquidación de la actividad artesanal preexistente en las colonias sin que ella fuera sustituida por manufacturas, pues los productos terminados se traían de la metrópoli.